



TRIBUNA

# DESPEDIRSE MIENTRAS MORIMOS

EMILIO GARCÍA-SÁNCHEZ

Profesor de Bioética en Ciencias de la Salud.  
Universidad CEU Cardenal Herrera-Valencia



ILUSTRACIÓN: ANNIE SPRATT

**D**espeditarse antes de morir significa ir diciendo adiós a las cosas y, sobre todo, a las personas, asumiendo las diferentes separaciones que recuerdan la finitud y provisionalidad de esta vida. Por el contrario, dejar morir solos a los enfermos sin despedirse es obligarles a que digan adiós sin haberse ido. La peor soledad para un moribundo es no poder comunicar a sus seres queridos que va a morir y despedirse. Y el no poder hacerlo le aboca a un sufrimiento grande porque es obligarle a reprimir todos los sentimientos que provoca la inminencia de la separación definitiva. Morirse solo y sin despedirse es morirse antes de tiempo, entrar ya muerto en la muerte.

Despedirse es una ceremonia íntima formada por la última ración de caricias que mutuamente reciben el enfermo y sus familias. Es un echarse en brazos por última vez, estrecharse; el último piel con piel de los que se quieren, los últimos besos al cuerpo y alma que describen un homenaje táctil a quien se está yendo para siempre. Despedirse de un familiar reclama poder agarrarle las manos todavía calientes cuando los pulmones y el corazón están a punto de rendirse. Entre humanos que se quieren, resulta inhumana-

no despedirse sin tocarse. Sería un esbozo de despedida, pero no una despedida. Y ese último contacto nunca será igual entre dos que se aman que entre extraños, porque las reacciones físicas y emocionales cursan de modo distinto al brotar de corazones no consanguíneos. En la despedida, el contacto físico genera un nexo vital: «necesito verlo, necesito ver su cuerpo», suplicaba una mujer que finalmente perdió a su marido durante el Covid-19.

La ceremonia de despedida tiene una mímica propia que ni es sustituible ni equiparable a la de otro tipo de relaciones o situaciones humanas. Incluye hacer los últimos gestos a los que se quieren, darse las últimas lecciones, remover recuerdos, repartir los últimos objetos preferidos y, sobre todo, lanzar las últimas miradas al rostro convertidas en flogonazos de luz que permanecerán imborrables en la memoria. Despedirse incluye poder decir al oído y suavemente las últimas palabras, porque en muchos enfermos moribundos es el último sentido que pierden; aunque no puedan contestar o hablar, pueden escucharnos. Incluso dormidos o casi en coma, algunos reaccionan al oír su nombre y abren sus ojos por última vez. Esta inmensa riqueza de la afectividad humana la omitimos si el

enfermo muere solo y sin despedirse.

Despedirse para siempre de un ser querido conforma un de los actos humanos más emocionantes que ninguna persona quiere dejar de soportar. Los familiares necesitan ser afectados como testigos – a veces silenciosos- de ese momento crucial en donde los seres queridos se están abrazando definitivamente a la muerte. Despedirse no debería dejar de hacerse nunca tampoco durante pandemias.

La despedida de personas que han dado la vida por sus hijos exige el deber del agradecimiento. Ni a los padres muriéndose, ni a sus hijos, podemos negarles esos exiguos instantes inolvidables, porque sería algo de lo que se dolerían toda su vida. La muerte, para que sea serena, exige poder despedirse de los únicos bienes que les queda en vida a esos enfermos: la familia. Esto es lo que esperan pacíficamente muchos ancianos en la recta final: cerrar los ojos a la vida diciendo adiós a los suyos. Por el contrario, desaparecer de la existencia sin el último recuerdo es morir de un modo traumático, porque es llevarse a la tumba y, a la vez, dejar en la tierra el dolor de no haber recibido la última mirada y el último beso. Familias que se han manifestado el cariño y la compañía durante años demandan una despedida pausada que no puede quedar reducida a un acto puntual o protocolario. Enfermos hospitalizados con poca esperanza de vida aseguran la paz y el control de ansiedad que les produce poder despedirse de sus hijos o de su cónyuge.

Todo ser humano necesita en la despedida de un último reconocimiento de los otros. Sin imponerlo, reclaman que se les diga a la cara que su vida ha merecido la pena vivirla; necesitan que se le dé las gracias por última vez. Cuanto añoran los enfermos en esta fase final que les recuerden su propia historia, su vida. Papá, mamá ¿te acuerdas cuando éramos niños...? Y el enfermo te dice con la mano –porque ya no puede hablar– que continúes contando. Rememorar viejas anécdotas vividas cogidos de las manos dulcifica la despedida, la humaniza.

La despedida demuestra de un modo tangible que uno se ha sentido querido hasta el final. Es la última celebración del amor, incluso el último de acto de amor del propio moribundo que siente todavía que le queda amor por dar. La despedida representaría el definitivo acto de piedad de unos hijos con sus padres antes de darles también piadosa sepultura. Compone la veneración final del origen que para cada hombre representan sus padres, un deber filial del que no deberían privarnos.

¡Cuántas heridas del pasado se cierran definitivamente con una buena despedida! ¡Cuántas veces el propio enfermo espera a ese momento final para poder morir en paz! Despedirse así permite levantar acta de la propia vida antes de morir. De hecho, algunos enfermos entran finalmente en coma y mueren solo después de haber dicho adiós a todos sus seres queridos, uno a uno.

Despedirse es el último cuidado que se presta a un enfermo en sus terminales estertores. Y cuidar, para que lo sea en su esencia, debe incluir la despedida porque como señala el filósofo Higinio Marín, «cuidar es procurar el crecimiento de todo aquello que dejará de hacerlo, y efectivamente asistir a su falta. Asistir –en su doble sentido de presenciar y auxiliar– al auge y quebranto de cuanto se extiende en el tiempo».

TRAZOS  
IGNACIO GIL LÁZARO

## Aviso claro

Europa no entrega  
dinero gratis a nadie



**L**a patochada habitual de Tezanos. Afirma que Sánchez arrasa. Encuesta publicada a las puertas del Consejo Europeo. Cita en la que España se la juega. De momento el debate sobre la distribución de fondos para la reconstrucción en la era postcovid no tiene pinta de ser el paseo triunfal que Sánchez le auguraba días atrás a la opinión pública española. Previsible porque en Bruselas existe un recelo creciente hacia el Gobierno debido a la presencia de Iglesias. Hecho que disgusta en especial a los países de la Unión que estuvieron durante décadas sometidos a la tiranía criminal del comunismo soviético. Como es normal les repugna que Podemos se proclama comunista y bolivariana. Rechazo que entraña consecuencias negativas palpables cuando toca decidir en serio teniendo en cuenta además que entonces vale igual el voto de los grandes estados que el de las naciones pequeñas. El fracaso de la candidatura de Calviño a la presidencia del Eurogrupo lo demuestra sin duda. Tanto como las declaraciones del primer ministro holandés advirtiéndole a Sánchez que España debe resolver sus problemas dentro de casa. Un aviso claro. Europa no regala dinero gratis a nadie. Menos todavía a aquellos de los que en absoluto se fía. Es decir, el escenario real de la negociación en el que lidia Sánchez ahora resulta completamente distinto al que él imaginaba. Su cuento de la lechera. Volver a Madrid con un montón de pasta lograda sin someterse a condición previa alguna para seguir haciendo aquí cambalaches populistas con Iglesias aunque este vaya de capa caída según lo visto en las urnas gallegas y vascas hace una semana. Así pues, mal panorama de fondo para un Gobierno obligado a asumir la letra que le impongan porque Europa no es moco de pavo y devuelve siempre la jugada. Antes o después. Desde luego, la demagogia oportunista de Sánchez y los lazos de Iglesias con Maduro le han provocado a la UE incómodos quebraderos de cabeza en aspectos muy sensibles como la emigración o las relaciones con Venezuela. El asunto Delcy Rodríguez aún colea. Por eso a Sánchez no le va a servir esta vez marcar sonrisa galante y dar palmaditas en la espalda ni tampoco esa osadía típica del que está acostumbrado a hacer lo que le viene en gana sobre los base de jugarse todo a una carta. Su modo constante de actuar hasta la fecha. Sin embargo, aquí lo tiene crudo. No hay margen de maniobra para andar con tonterías. Deberá cumplir exigencias taxativas y reformas expresas. Observar las normas que le dicten y esperar que en el precio final no le incluyan entregar en bandeja la cabeza de Iglesias.